

tiano, educador de la voluntad, es lo único que puede detener a Francia en la vía del abismo a donde marcha acelerada.

Con lo dicho, que no es tesis sino historia, se comprenderá por qué se nos figuran extrañas las discusiones que suelen entablarse sobre conveniencia o inconveniencia del internado. Hacer facultades universitarias con internos es hacer triángulos de cuatro lados; quitarle el internado al colegio, so pretexto que las facultades marchan sin él, es como quitarle al cuadrado una línea, por cuanto no la han menester tantos correctos triángulos como se trazan en el mundo cada día.

1892.

R. M. CARRASQUILLA

TRADICIONES COLOMBIANAS

HASTA LA ETERNIDAD

Corría el año de 1678.

Habitaban por aquel entonces en la calle de mercaderes de Santa Fe de Bogotá, don Enrique Rubiano, su esposa y su única hija, Luisa, joven de notable belleza.

Las patriarcales costumbres de la capital del virreinato en aquella época, la carencia de comunicaciones entre las nacientes ciudades del Nuevo Reino, y la ignorancia en que se vivía respecto de todo aquello que no fuera la Madre Patria, formaron una sociedad recatada y espléndida que, al par que guardaba los atractivos de las costumbres españolas, se modificaba en un medio propio al desarrollo de todas las virtudes cristianas.

Sumidas han quedado en la oscuridad muchas tradiciones, reflejo de las prácticas predominantes durante

la menor edad de la que hoy se llama Bogotá, y que, de haberse conservado, serviría para reconstruir con lineamientos más o menos exactos, rincones sugestivos y misteriosos de la historia de Colombia.

Muy raros son los sucesos de esta clase que han llegado al día de hoy sin padecer modificaciones, y en cambio son muchos los que apenas se descubren en medio de un cúmulo de sombras; tal nos ha sucedido con el relato de un emplazamiento verificado hacia 1630, no referido ni por Florez de Ocariz, ni por el sencillo pero malicioso Rodriguez Fresle; el primero llega a mencionar a uno de los actores en el terrible drama y, por excepción, habla de su muerte pero sin entrar en explicaciones de ningún género.

En estas líneas daremos a conocer un hecho verificado probablemente en 1678 en cuanto a su primera parte, y que no carece de cierto interés.

* * *

Era Jorge Carvajal el afortunado pretendiente de doña Luisa, la gentil doncella de quien hemos hecho antes mención, adorno de la ciudad por sus virtudes y raras perfecciones físicas; y decimos afortunado, porque en realidad si la joven era generalmente apreciada, no acontecía lo mismo con don Jorge, cuyas costumbres dejaban mucho que desear; exigente era el medio en que vivía, y la más pequeña falta hacía que se desconfiara de los individuos que la cometieran y se prestara cuidado sin igual a fin de impedir el trato entre las doncellas que gozaban de buen decir y los jóvenes que se hubieran hecho indignos de él. Sin embargo, pudo mucho siempre el amor de Carvajal en el corazón de su prometida, y gracias a él logró detener en los muros de su casa ciertas hablillas que de cuando en cuando venían a importunarla y a querer arrancarle su afecto.

Grande era éste en verdad, y grave sacrificio fue para ella expresar un día a Carvajal su resolución de abandonar todas las esperanzas que en su cariño fincaba, antes que unir su suerte a la de un hombre que hasta entonces había sido actor obligado en algunos escándalos.

Larga plática tuvieron los dos amantes, autorizada por el padre de Luisa, y como consecuencia Carvajal abandonó la ciudad en breve, y fue a establecerse en una distante población de la sabana. Si se corrigió de sus pervertidas costumbres, son datos que servirían para aclarar esta narración, pero que no son sabidos y pasamos por alto.

Desde su partida, nada se volvió a saber de él; las comunicaciones eran difíciles y solamente muy de tarde en tarde recibía Carvajal noticias de lo que pasaba en Santa Fe.

Varios meses llevaba ya de ausencia; doña Luisa desmejoraba a ojos vistas y los múltiples cuidados que se le prodigaban no lograron aliviar su triste situación; amaba tiernamente a Carvajal y el paso dado por ella en nombre de su afecto no pareció causar renovación alguna en el ánimo de su prometido.

Cierto día Carvajal supo mediante comunicación confidencial hecha por un amigo digno de toda confianza, que doña Luisa había muerto; su dolor no tuvo límites; las tinieblas de la tristeza cubrieron su alma, y días después, dando un adiós a lo que fue su pasado, abandonó las posesiones en donde se hallaba, vino a Santa Fe, y sin avisarlo sino a miembros de su familia, vistió el sayal de los frailes agustinos.

Vida de penitencia fue desde entonces la suya. Pasaron años y, completamente desprendido del siglo y de los afectos que le quedaban, celebró su primera misa el que se llamó en religión fray Diego Ceballos.

* * *

Luísa, empero, no había muerto; empobrecida su salud, como dejamos dicho, y víctima de la pena moral que la torturaba, determinó pasar el resto de su vida en uno de los monasterios de la ciudad; sus padres hicieron saber al que era su prometido, que había muerto, pues en verdad lo estaba para el mundo.

* * *

Al amanecer de un lluvioso día del mes de octubre, y cuando las religiosas se levantaban, doblaron lúgubremente las campanas del convento de San Agustín; por extraño caso, la que fue doña Luisa sintió un estremecimiento al oírlas; y horas después al inquirir el motivo de los desolados toques, a una de las monjas en quien había depositado su confianza, le fue respondido:

—Hoy ha muerto el padre fray Diego Ceballos, quien se llamó durante su vida mundana, don Jorge Carvajal.

Días después falleció santamente la buena religiosa que había sido prometida suya.

MANUEL JOSE FORERO

JUAN A. ZULETA

La muerte del señor don Juan Antonio Zuleta es un nuevo golpe que me ha enviado la mano misericordiosa de Nuestro Señor. El lunes acompañé hasta la última morada a mi amadísimo hermano Ignacio; y dos días después pierdo otro hermanado, hermano del alma, un amigo incomparable. Bendito sea Dios que siempre es Padre, lo mismo cuando prueba que cuando consuela; lo mismo cuando premia que cuando castiga.

A otros tocará la tarea de encomiar los eximios merecimientos del señor Zuleta para con la República,